

## HABLAR EN VENEZUELA

Vamos a hablar sobre el género literario: Se reúnen seis personas y conversan sobre la realidad nacional. Eso se graba y sale un libro. Se titula EL DESASTRE.

El que grupos de venezolanos se reúnan habitualmente y hablen de la situación del país eso forma parte de la realidad nacional. Que el título de muchas de esas conversaciones pudiera ser también EL DESASTRE eso es un hecho indudable.

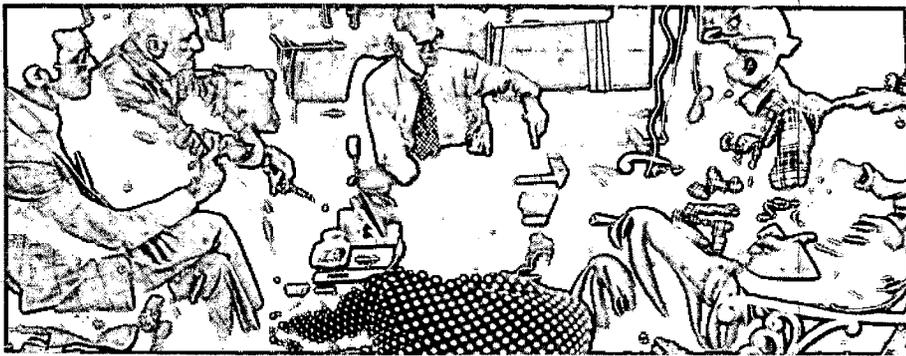
Tal vez en otros países las conversaciones giren en torno a temas más circunstanciados, por ejemplo los negocios que se tienen entre manos o los espectáculos públicos. Nosotros no nos quedamos tan cortos. ¿Quién hay tan retraído, tan modesto que no tenga sus cinco o seis planes para arreglar el país, una opinioncita sobre los seres extraterrestres, algunos conceptos sobre la inflación, la contaminación, la corrupción, la caída de Babilonia o las opiniones del Vaticano sobre la sexualidad? Yo no sé si hemos nacido para micrófono, pero sí es seguro que nos educan para él. ¿Quién no ha sido entrevistado o entrevistador o moderador o panelista o conferencista o espontáneo que se toma la palabra o representante que da declaraciones o simplemente hablador de paja? Se ha insistido en que nuestro continente vive una cultura oral. La escritura se reservó desde el comienzo para las leyes, actas, constituciones y decretos. El resto sería el reino de la palabra volandera. No hace falta insistir en que esta característica continental está exacerbada en nuestro país.

Si esto es así ¿qué sentido tiene grabar estas conversaciones y publicarlas en forma de libro? Yo creo que ésta es una pregunta real. Y el libro sólo la responde a medias. La responde en cuanto que es un diálogo ejemplar. No la responde en cuanto que permanece dentro del género. No lo supera a base de una segunda vuelta, una serie de conversaciones sobre lo conversado, una conversación autocrítica que pode, añada, sistematice, aquilate. Y entonces se publique.

### UN DIALOGO EJEMPLAR

El libro vale, hemos dicho, como un diálogo ejemplar, como un espejo ideal que condensa esa modalidad tan nuestra de pensar, de relacionarnos y de encarar la realidad que es la conversadera. Vale porque quienes dialogan valen. Son venezolanos integrales, apasionados por el país y ligados a su destino. Hombres realmente libres. Y gente estudiosa. Estas conversaciones no son para ellos un modo de evadir la soledad sobria y paciente de la investigación, sino un modo de poner en contacto para que salte la chispa entre polos ya largamente cargados de intensidad.

El libro vale como muestra selecta de cómo sentimos los venezolanos nuestra



# EL DESASTRE

PEDRO TRIGO

realidad, de cómo nos situamos ante ella. Tendríamos que hablar de nuestra tendencia a eludir el análisis: Pasamos del muelle de la anécdota y de la mordaz alusión personal a las apreciaciones personales y de allí a las consideraciones sistemáticas. En seguida sacamos conclusiones, drásticas, apresuradamente. "Somos brillantes en intuir las implicaciones, pero esa luz nos inhibe. Al captar el peso de la globalidad como un sistema coherente, cerrado, nos ahorramos acciones parciales que juzgamos de antemano insuficientes y perdidas.

De este modo la conciencia de la situación tiende a comerse a sí misma en vez de pasar a la práctica. Por ejemplo a la pregunta de qué hacer se responde con los obreros, pero se constata que están desarticulados, traicionados por los sindicatos y alienados por los medios de comunicación. Se habla entonces de los campesinos, pero se responde que numéricamente y como fuerza de trabajo y como grupo social son marginales. Se menciona a los estudiantes y a los intelectuales, pero se hace notar cómo su mala conciencia es estéril, igual se venden. A los marginados urbanos se les descarta inmediatamente por su escaso contacto con el trabajo productivo y su condición de indefensos "clientes" del gobierno. Y entonces se regresa al comienzo ¿qué hacer?

Es muy difícil responder a esa pregunta cuando se piensa en términos de totalidad. Una respuesta intentada tantas veces en nuestro país y muy pocas con éxito es el tomarse uno esa totalidad. Pero hoy y ahora los panelistas lo saben: una revolución no es posible. Además tomar uno el coroto no es cambiarlo. Más bien en nuestro país ha sido ser cambiado uno por el mismo poder. En el fondo uno se sitúa ante él como ante algo fatal. Habría dos maneras simétricas de reconocer

a la divinidad: la alabanza y la blasfemia. Y de ellas se pasa al autodesprecio. Venezuela sería "el país más horrendo del mundo" (312). Y por esta pendiente se llega a palabras que no debieran pronunciarse nunca: "Estamos llegando a la conclusión que siempre yo he visualizado, de que el mal es que somos venezolanos. Venezuela es un país famoso, paradisiaco, lleno de recursos y Papá Dios, fuera de eso, para compensar, nos puso a nosotros" (219). Y sin embargo estas tremendas palabras las han sentido no pocos ilustres venezolanos, precisamente los hombres cuyas vidas fecundas desmentían ese aserto.

De esta manera el título del libro no sólo expresaría las características objetivas de la situación nacional sino también el modo de percibir las en que se combina el vivo sentimiento de la prepotencia del poder y de su falta de sustancia con la percepción de las posibilidades perdidas para el país y con sentido profundo de la dignidad personal y de una misión redentora que se revela imposible.

### ¿PARA QUE SE HABLE?

Creo que esta manera de enfrentarse ante nuestra realidad se agudiza en Domingo Alberto Rangel y Pedro Duno. En medio de una gran brillantez expositiva, que combina hallazgos sorprendentes y frases hechas, pasan de la encendida indignación moral a la consideración sistemática. Unen mentalmente los hechos buscando la rotundidad del esquema y la coherencia de la teoría, logran intuiciones felices pero tal vez descuidan la sobria sumisión al dato. Por otra parte sus conclusiones son tan absolutas, es tal la descalificación de cualquier medio que pueda arbitrarse para transformar la realidad que entre la condenación absoluta del status y el diseño de una revolución y la

conseguida sociedad nueva no hay puentes. No hay modo de pasar. Sólo quedaría la fuerza del destino, el juego automático de las contradicciones internas y una esperanza inmovible contra toda esperanza. No queda lugar para la praxis política. Hegel como teórico del Estado prusiano, divinizador del status, sería el filósofo que interpreta y no el político que transforma. El peligro de DAR y de Pedro Duno sería llegar a lo mismo por el lado contrario. Sería la adoración satánica, blasfematoria, pero sumisión al fin, al sistema.

Tal vez paradójicamente Juan Pablo Pérez Alfonzo se revele más como político. No habla mucho de política y nada de sistemas políticos. Tal vez sólo tenga unas cuantas ideas que son desde luego particulares y que se revelan como respuestas poco comprensivas respecto a planteamientos globales. Sin embargo son ideas concretas que inciden en los procesos y que infatigablemente trata de llevar a la práctica; son proposiciones reales lanzadas persistentemente al país, al hilo de cada suceso, proposiciones que tratan de crear su horizonte de posibilidad. Naturalmente que las proposiciones de Pérez Alfonzo son inviables si todo se mantiene inalterable. Pero son presentadas en cada caso como alternativas reales, como el otro camino posible. Para JPPA la realidad es más flúida que para DAR, por eso presenta más elementos concretos y concluye menos.

## BUSCANDO EL HORIZONTE

Para buscar horizonte se remontan los panelistas a la ley petrolera del 43 y analizan el trienio adeco. La conversación fluye entre recuerdos protagónicos y apreciaciones autorizadas y es ciertamente interesante. De todos modos creemos que el objeto más apropiado a la metodología del libro no es el análisis histórico, sino la apreciación del conjunto sobre el sentido de nuestra historia. Estar hablando siempre de eso es estéril pero es inevitable plantearlo alguna vez. "¿Qué tipo de sociedad queremos o qué Venezuela queremos nosotros construir?" (168). Creemos que esta pregunta late profundamente en el libro y que puede ser un buen interlocutor para que más y más venezolanos dialoguen con la pregunta.

Partiríamos de una observación que puede resumir muchas otras: "vivimos como si estuviéramos frente a un tiempo muy corto, para sobrevivir" (274). Este desasosiego, esta avidez reduciría todo a la única dimensión del presente más inmediato. En estas condiciones "la gente, aun tratándose de pequeños grupos no quiere asumir responsabilidades" (93). "no quiere participar en el poder" (90). "¿Por qué un trabajador va a tener que ofrecer algo a cambio, si el Presidente no ofrece nada y las clases dirigentes no ofrecen nada?" (228). Estaríamos aquí en un círculo vicioso. Para superarlo propone Pérez Alfonzo una revolución cultural (220).

No bastaría, pues, con proponer el sistema socialista como la alternativa del sistema capitalista ya que entre nosotros el socialismo se ha propuesto como otro camino para llegar a la misma abundancia. Y no sólo entre nosotros. Rusia debió sobrevivir dentro del sistema mundial capitalista, la guerra fría significa aceptar los mismos patrones de desarrollo y luchar por la mayor eficacia. En definitiva sería el mismo sistema productor de cosas, consumista. Y lo terrible es que en gran parte, el tercer mundo ha aceptado la misma meta: "Lo serio es eso. Los del tercer Mundo estamos empeñados en copiar una sociedad que se reconoce a sí misma en crisis" (190).

Y aquí vendría una revisión de este presupuesto común del capitalismo y del socialismo: "Es muy posible que la tesis socialista de que la gran contradicción hombre-naturaleza sea el motor del comunismo no pase de ser una concepción más, surgida dentro del horizonte de la mentalidad creada por la sociedad dividida en clases, de la sociedad alienada y alienante" (169).

"Esto cuestiona el punto de origen y el punto final de la economía, que de ordinario no se tienen en cuenta. El punto de origen son los recursos que prácticamente se suponen abundantísimos. El punto final es la abundancia, la cantidad de cosas para consumir. La administración, el espíritu administrativo considera, que los recursos son escasos pero de ordinario ni los marxistas ni los capitalistas tienen esto en cuenta, mientras que cuentan el factor finanzas que es la abundancia" (263).

De aquí se deduciría que una mínima austeridad sería la condición previa para emprender cualquier proceso transformador: "Apretarse el cinturón es la condición previa para saberse manejar" (210). Y no sólo la condición previa, también la meta. En este sentido se propone la idea de si el esfuerzo de la política económica debiera ir a controlar la producción

o a nacionalizar el consumo, racionalizándolo y reconduciéndolo a su condición de medio para el crecimiento humano. Pero ¿cómo acabar con el fetichismo de la mercancía?, ¿cómo dejar de idolatrar?, ¿cómo no inclinarnos ante las obras de nuestras manos y sacrificarnos a ellas?, ¿cómo acabar con el consumismo? .

Una solución sería la abundancia total. Marx la soñó. Pero, además de que no favorece un futuro real en nuestro horizonte actual, sería una salida fáustica —como acabar a base de orgías con la desahogada apetencia sexual. Otra solución sería la reglamentación absoluta: Aquella sociedad marginal, fría y siniestra que diseñó Huxley con el nombre mordaz de UN MUNDO FELIZ. Otra salida intermedia sería la propaganda, el lento acondicionamiento del animal humano. Pero con un principio conductista difícilmente puede imaginarse una revolución cultural. Otro camino sería la educación. Pero ¿puede permitir la sociedad otra educación que la represión y el acondicionamiento? Tal vez la nuestra lo permita en cierto modo, pero entonces se plantea el problema de fondo: las motivaciones. En cualquier régimen hay que acometer directa y expresamente el problema de la transformación humana, no es nunca una mera consecuencia de otros logros. El problema del sentido y finalidades de la humanidad.

Y aquí vendría el planteamiento del hombre nuevo; no como prédica moralista o mero ejercicio utópico, sino como problema político.

El problema del hombre nuevo tal vez hoy y aquí sea el principal problema político. Sólo grupos de hombres nuevos crecidos en el seno de estas estructuras pueden hacerlas cambiar. No es cosa de la discusión abstracta de qué es antes, la conversión del hombre o el cambio de estructuras. Es una discusión bien concreta hoy y aquí. En nuestra Venezuela resulta abstracto proclamar un cambio de estructuras como lo primero y lo último, como la panacea. Eso es retórica. Porque ¿quién hoy lo puede hacer? Nada ni nadie. Esa posibilidad tiene que engendrarse dentro de este sistema, podrido y todo como está. Sólo el aprendizaje largo y difícil de crear núcleos de gente distinta capacitada, creadora y no consumista será la base para hacer la revolución con la que soñamos. En este sentido creo que tal vez sea más realista Pérez Alfonzo que Duno y Rangel (312-3).

Mucho más habría que decir sobre este libro apasionante concebido originalmente como una entrevista realizada por Pedro Duno a Pérez Alfonzo y Domingo Alberto Rangel y que resultó un diálogo ceñido y exigente por la mediación perspicaz de "Fernando Martínez Galdeano, sacerdote jesuita, Director de la Revista SIC, Kim Fuad, periodista, representante de la UPI, especialista en temas petroleros e Iván Loscher, periodista radial, joven preocupado por el destino de su generación y el país" (9).

